

Lucio ganó otra vez

SOLO vengo para recordar aquí que antes de la guerra el administrador de la Ciudad de los Periodistas se arrojó al Tajo, incapaz de soportar la indignidad de un descubierto de 2.500 pesetas que tenía la entidad, y del cual él se creía responsable... Pero no sólo han pasado cuarenta años desde entonces, sino muchísimas cosas más, y los descubiertos ya no se resuelven así. Modesto Sánchez de las Casas, autor del recordatorio de más arriba, no tuvo que hacer demasiados esfuerzos para darse cuenta de eso, el pasado jueves, 30 de septiembre, en la Junta General de la Asociación de la Prensa, de Madrid. Era uno de los 300 periodistas que había acudido al salón de juntas del Palacio de la Prensa para exigir explicaciones y responsabilidades en torno a un hecho inusitado: el edificio de la Asociación ha sido vendido —con pacto "de retro"— por 300 millones de pesetas a las Cajas de Ahorros como consecuencia del impago de un préstamo hipotecario y la Asociación debe otros quinientos millones de pesetas suplementarios a diversas entidades.

Eran redactores de casi todos los medios informativos madrileños; los habla de todas las edades y de todas las ideologías y organizaciones políticas que existen dentro de la profesión. El mejor indicador de las inclinaciones democráticas de la mayoría, aún cuando no faltaran conocidos "ultras", había sido el aplauso cerrado —el único unánime y polongado de la noche— con que recibieron a Sánchez de las Casas, uno de los depurados de la guerra civil, un periodista al que durante treinta y nueve años se le ha negado el derecho de ejercer su profesión.

Esos trescientos periodistas pedían explicaciones y dignidad. No querían que Lucio del Alamo, el máximo responsable del "affaire" se tirara al Manzanares, como había hecho en el Tajo hace cuarenta años aquel digno administrador, sino que, para empezar, reconociera su responsabilidad y explicara cómo había podido llegar a esa situación. Miguel Ángel Aguilar enumeró una larga lista de puntos oscuros que debían ser aclarados y, sobre todo, planteó la siguiente pregunta: ¿cómo es posible que un déficit creciente del volumen del que nos ocupa se descubra de repente, haga acto de presencia sólo cuando las Cajas de Ahorros exigen la devolución del préstamo? Otros asociados plantearon cuestiones adicionales en esta misma línea; César González Ruano afirmó que

el edificio no puede ser derruido, que no puede ser vendido como solar. Miguel Ángel Mollnero pidió la dimisión de la Junta Directiva. En varias ocasiones se sacó a relucir el tema de la venta de los pisos en la Ciudad de los Periodistas, antes de finalizar el plazo de cinco años que fija el contrato de compraventa. Y todos preguntaron cómo se han perdido 800 millones de pesetas.

Nada se explicó. Ni quiénes eran los 200 periodistas que habían vendido esos pisos (la mayor parte de ellos, según parece, pertenecientes al "bunker" profesional, aunque también haya alguno considerado como demócrata), obteniendo un beneficio especulativo global de más de 600 millones de pesetas, que ha sido literalmente detraído de los fondos de la Asociación de la Prensa, financiadora de los pisos y subvencionadora de los mismos (se pidió la inmediata expulsión de la Asociación de aquellos periodistas indignos que habían vendido sus pisos incumpliendo el contrato: la petición se perdió en el marasmo de la reunión). Tampoco se explicó por qué las finanzas de la Asociación tenían que estar ligadas a la suerte de la Ciudad de los Periodistas, cuando sus fines y funcionamiento son totalmente ajenos. Nadie aclaró las bases sobre las que Lucio del Alamo había realizado el plan financie-

ro de la vasta obra destinada, al parecer fundamentalmente, a lograr un prestigio en la profesión que le permitiría desempeñar con carácter de vitalicio el cargo de presidente y de director de la "Hoja del Lunes".

Repetidas veces se preguntó quién tenía firma en las cuentas bancarias de la Asociación. Otras tantas veces la pregunta quedó sin responder. Se propuso la creación de una comisión investigadora al margen de la Junta Directiva. Se propuso la dimisión de la Junta Directiva. Se propusieron, siempre desde la base, otras muchas cosas. Nada se votó. Cuando Lucio del Alamo, tras pronunciar un parlamento de veinte minutos, se levantó agotado, amagando una pasajérisima pérdida de conocimiento, más de la mitad de los reunidos lo hicieron con él. Y los pocos que quedaron fueron incapaces de llegar a conclusiones. Lucio había ganado otra vez.

Su intervención, sin ser magistral, fue inteligente, sobre todo, por el momento en que la hizo: cuando ya todos habían hablado. Hasta entonces se había limitado a puntualizar pequeños extremos. Probablemente, antes de entrar creyó que era su última reunión como presidente. Pero, una vez más, tuvo suerte. Vio cómo algunos directivos, López Alonso, José Miguel Pérez, los dos elegidos el pasado mes

de abril, se lanzaban a innecesarias justificaciones que nadie les había pedido ni les iba a pedir. Vio cómo otros, Castelló, Vázquez Prada, se defendían de un supuesto plan destinado a eliminarlos de la directiva, llamando "cuervos" a quienes pedían clarificación y acusándoles de "politizar" la situación. Vio cómo Heriberto Quesada, el tesorero, confundiendo aún más el panorama. Vio cómo la inhabilidad de unos y otros le brindaba un triunfo en el que horas antes no había soñado.

Y habló tranquilamente, explicando sólo lo que a él le convenía, quedando como una especie de ángel custodio incomprendido de los periodistas, que en su extrema buena voluntad hacia sus colegas, abrumado por las ingentes tareas que esa labor benefactora le creaba, se había extralimitado. Pero no pasaba nada, según él. La deuda de 300 millones a la Caja de Ahorros podría pagarse en dos años (para entonces ya serán 400, gracias a los intereses). ¿Cómo? No se sabe. Y, probablemente, no se sabrá, porque, una vez más, y en contra de todas las peticiones hechas desde la base, sigue teniendo las riendas del asunto, es el único que conoce el embrollo. No sólo no dimitió, ni fue cesado, sino que casi salió reforzado en los omnímodos poderes hasta ahora por él detentados.

Ese fue el resultado, el único resultado cierto de una Junta General en la que todos creían que iban a asistir al final del reinado de Lucio del Alamo. En la que parecía que una profesión que ha sabido luchar y ganar, las más de las veces sólo con sus propios medios, una buena parte de la batalla de la libertad de expresión, en la que una profesión valiente y orgullosa de su valentía también iba a saber defender su dignidad como miembros de una entidad corporativa cuyos bienes han sido dilapidados, han desaparecido o, sencillamente, no han sido administrados adecuadamente por quienes tenían la obligación de hacerlo. Eso era lo que pedían los asociados y algunos directivos no lo entendieron. Y se postergó, desgraciadamente, el problema hasta no se sabe cuándo, precisamente cuando las cosas se están agravando en el plano profesional, cuando más necesario es que la profesión esté unida para afrontar el cierre del grupo García Perí y el procesamiento del director de "Sábado Gráfico" por los Tribunales militares. ■ CARLOS ELORDI.

